

CAPÍTULO 14

EL LUGAR Y LO COTIDIANO

Introducción

En las actuales condiciones de globalización, la metáfora propuesta por Pascal¹ parece haber adquirido realidad: el universo visto como una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes... Lo mismo podría decirse de aquella frase de Tolstoi, tantas veces repetida, según la cual, para ser universal, basta hablar de su aldea...

Como nos recuerda Michel Serres, «[...] nuestra relación con el mundo ha cambiado. Antes era local-local; ahora es local-global [...]». Recuerda este filósofo, utilizando un argumento aproximadamente geográfico, que «hoy, tenemos una nueva relación con el mundo, porque lo vemos por entero. A través de los satélites, tenemos imágenes de la Tierra absolutamente entera».²

Ciertamente, la globalización lleva también a redescubrir la corporeidad. El mundo de la fluidez, el vértigo de la velocidad, la frecuencia de los desplazamientos y la banalidad del movimiento y de las alusiones a lugares y cosas distantes revelan, por contraste, en el ser humano, el cuerpo como una certeza materialmente sensible ante un universo difícil de aprehender. Quizás por esto mismo podamos repetir con Edgar Morin (1990, p. 44) que «hoy cada uno de nosotros es como el punto singular de un holograma que, en cierta medida, contiene el todo planetario que lo contiene».

Desde ese punto de vista, los lugares pueden ser vistos como un lugar intermedio entre el Mundo y el Individuo, nos recuerda Z. Mlinar (1990, p. 57), para quien la lógica del desarrollo de los sistemas sociales se manifiesta por la unidad de las tendencias opuestas a la individualidad y a la globalidad.

1. Citado en Jean-Claude Beaune, 1994, p. 54.

2. Michel Serres, entrevista realizada por Bernardo Carvalho, *Folha de São Paulo*, 21-4-1990.

Ésa es una realidad tensa, un dinamismo que está recreándose a cada momento, una relación permanentemente inestable y donde globalización y localización, globalización y fragmentación son términos de una dialéctica que se rehace con frecuencia. Las propias necesidades del nuevo régimen de acumulación conllevan una mayor disociación de los respectivos procesos y subprocesos, esa multiplicidad de acciones haciendo del espacio un campo de fuerzas multicomplejo, gracias a la individualización y especialización minuciosa de los elementos del espacio: hombres, empresas, instituciones, medio ambiente construido, al mismo tiempo que se profundiza la relación de cada uno con el sistema del mundo.

Cada lugar es, a su manera, el mundo. O, como afirma M. A. de Souza (1995, p. 65), «todos los lugares son virtualmente mundiales». Pero cada lugar, inexcusablemente inmerso en una comunión con el mundo, se vuelve también exponencialmente diferente de los demás. A una mayor globalidad corresponde una mayor individualidad. Es a ese fenómeno al que G. Benko (1990, p. 65) denomina «glocalidad», alertando sobre las dificultades de su tratamiento teórico. Para aprehender esa nueva realidad del lugar no es suficiente adoptar un tratamiento localista, ya que el mundo se encuentra en todas partes. También debemos evitar el «riesgo de perdernos en una simplificación ciega», a partir de una noción de particularidad que sólo tenga en cuenta «los fenómenos generales dominados por las fuerzas sociales globales» (Georges Benko, 1990, p. 65).

La historia concreta de nuestro tiempo vuelve a poner la cuestión del lugar en una posición central, de acuerdo a lo señalado por diversos geógrafos. A. Fischer (1994, p. 73), por ejemplo, se refiere al «redescubrimiento de la dimensión local».

Al mismo tiempo, se impone la necesidad de encontrar, revisitando el lugar en el mundo actual, sus nuevos significados. Una posibilidad resulta de considerar lo cotidiano (A. Butimer, 1976; A. García, 1992). Esta categoría de la existencia permite un tratamiento geográfico del mundo vivido que tenga en consideración las variables de las cuales nos ocupamos en este libro: los objetos, las acciones, la técnica, el tiempo.

Actividad racional, actividad simbólica y espacio

Es ampliamente conocida la tipología de la acción social, propuesta por Weber, según la cual se pueden distinguir una actividad racional con vistas a un fin práctico y una actividad comunicacional, mediada por símbolos. J. Habermas (1968, 1973, 1981, 1985, 1987) y

otros autores retomaron esa cuestión, en extensión y en profundidad, para realzar el papel de la interacción en la producción de los sistemas sociales. Partiendo del fenómeno técnico, G. Simondon (1958) ya había propuesto distinguir entre, por un lado, una acción humana sobre el medio y, por otro, una acción simbólica sobre el ser humano. Sin escribirlo explícitamente, B. Stiegler (1994, p. 25) aproxima esas dos propuestas, cuando reinterpreta a Gehlen y Habermas, al realzar la oposición entre una interacción mediada por las técnicas y su racionalidad y una interacción mediada por los símbolos y por la acción comunicacional.

Una situación determinada no puede ser plenamente aprehendida si, con el pretexto de contemplar su objetividad, dejamos de considerar las relaciones intersubjetivas que la caracterizan. G. Berger (1964, p. 173) ya nos recordaba que «el carácter humano del tiempo de la acción es *intersubjetivo*». E. Baktin (1986, p. 54), más próximo a nosotros, afirma que la arquitectura concreta del mundo actual de los actos realizados posee tres momentos básicos: el Yo-para-mí mismo; el otro-para-mí; el Yo-para-el otro. Es de ese modo como se construyen y rehacen los valores, a través de un proceso incesante de interacción.

A. D. Rodrigues (1994, p. 75) ha propuesto establecer una clara distinción entre información y comunicación. Este autor nos recuerda que «podemos comunicarnos con el mundo que nos rodea, con los otros, e incluso hasta con nosotros mismos, sin proceder a la transmisión de cualquier información, tal como podemos transmitir informaciones sin crear o alimentar ningún lazo social». Para él, «en la experiencia comunicacional intervienen procesos de interlocución y de interacción que crean, alimentan y reestablecen los lazos sociales y la sociabilidad entre los individuos y grupos sociales que comparten los mismos marcos de experiencia e identifican las mismas resonancias históricas de un pasado común».

«Comunicar», nos recuerda H. Laborit (1987, p. 38), «significa etimológicamente poner en común». Ese proceso, en el cual entran en juego diversas interpretaciones de lo existente, es decir, de las situaciones objetivas, resulta de una verdadera negociación social, de la que participan preocupaciones pragmáticas y valores simbólicos, «puntos de vista más o menos compartidos», en proporciones variables, dice S. Van der Leecew (1994, p. 34). En esa construcción, pues, además del propio sujeto, entran las cosas y los otros hombres. Afirma G. Berger (1943, 1964, p. 15) que «la idea de los otros implica la idea de un mundo».

Siguiendo los conceptos de Tran-Duc-Thao (1951, 1971, p. 260), los «esbozos simbólicos», provistos por el movimiento de cooperación, prolongan la actividad propia del sujeto y abarcan la totalidad de la ta-

rea común, conduciendo a cada sujeto a tomar conciencia de que la universalidad es el verdadero sentido de su existencia singular.

«La praxis se revela también como totalidad», dice H. Lefebvre (1958, p. 238), y, por ello, «el análisis de la vida cotidiana involucra concepciones y apreciaciones a la escala de la experiencia social en general» (H. Lefebvre, 1971, p. 28). Esto incluye, paralelamente, «una apropiación profunda y una comprensión inmediata» (J.-P. Sartre, 1960, p. 207).

El mundo adquiere sentido por ese objeto *común*, alcanzado mediante las relaciones de reciprocidad que, al mismo tiempo, producen la alteridad y la comunicación. De ese modo, nos enseña G. Berger (1943, 1964, p. 15), el mundo constituye «el medio de unirnos, sin confundirnos».

Esa transindividualidad, definida por Simondon (1958, p. 248), está constituida por las relaciones interhumanas que incluyen el uso de las técnicas y de los objetos técnicos. La territorialidad es igualmente transindividualidad, y la compartimentación de la interacción humana en el espacio (Sanguin, 1977, p. 53; C. Raffestin, 1980, p. 146; Soja, 1971) es tanto un aspecto de la territorialidad como de la transindividualidad.

La relación del sujeto con lo práctico-inerte incluye la relación con el espacio. Práctico-inerte es una expresión introducida por Sartre, para referirse a las cristalizaciones de la experiencia pasada, del individuo y de la sociedad, corporificadas en formas sociales y, también, en configuraciones espaciales y paisajes. Podemos ir más allá de las enseñanzas de Sartre diciendo que el espacio, por sus formas geográficas materiales, es la expresión más acabada de lo práctico-inerte.

El papel de la proximidad

En el espacio —que es uno pero diferenciado— se impone con más fuerza la unidad práctico-inerte de lo múltiple a la que se refiere A. Gorz, esa «unidad exterior de la actividad de todos en su condición de otros». El espacio se ofrece al conjunto de los hombres que en él actúan como un conjunto de potencialidades de valor desigual, cuyo uso tiene que ser disputado a cada instante, en función de la fuerza de cada uno. Podemos comparar esa situación con aquella a partir de la cual Sartre (1960, p. 210) define el fenómeno de la escasez. A juicio de este filósofo, en esa situación «cada uno sabe que figura como objeto en el campo práctico del otro» y «eso mismo impide los dos movimientos de unificación práctica de constituir con el mismo entorno (*environnement*) dos campos de acción diferentes».

La noción de socialidad, difundida entre los sociólogos, encuentra en geógrafos como Di Meo (1991) y J. Lévy (1994) una explicitación. Tal socialidad, recuerda Schutz (Schutz, 1967; Schutz y Luckmann, 1974, p. 41), será tanto más intensa cuanto mayor sea la proximidad entre las personas involucradas. Simmel (1903, p. 47) ya lo había destacado al distinguir entre los extremos de la distancia espacial y de la proximidad espacial (B. Werlen, 1993, p. 170). Es apropiado decir, como señala Muniz Sodré (1988, p. 18), que «la relación espacial, inaprensible por las estructuras clásicas de acción y de representación, es inteligible como un principio de coexistencia de la diversidad», y constituye una garantía del ejercicio de posibilidades múltiples de comunicación.³

Los economistas también se preocupan por esta cuestión de la proximidad y consideran la distancia como un factor relevante en la estructuración del comercio internacional (Y. Berthelot, 1994, pp. 15-16). Sin embargo, la proximidad que interesa al geógrafo —como vimos— no se limita a una mera definición de las distancias. Tiene vinculación con la contigüidad física entre personas en una misma extensión, en un mismo conjunto de puntos continuos, viviendo con la intensidad de sus interrelaciones. No son sólo las relaciones económicas las que deben ser aprehendidas en un análisis de la situación de vecindad, sino la totalidad de las relaciones. Es así como la proximidad, dice J. L. Guigou (1995, p. 56), «puede crear la solidaridad, lazos culturales y de ese modo la identidad».

El papel de la vecindad en la producción de la conciencia ha sido mostrado por J. Duvignaud (1977, p. 20) al identificar en la «densidad social», producida por la fermentación de los hombres en un mismo espacio cerrado, una «acumulación que provoca un cambio sorprendente» movido por la afectividad y la pasión, y que conduce a una percepción global, «holista», del mundo y de los hombres. Cuando se refiere a «espacios cerrados» (*espace clos, huis-clos*), una primera lectura de su texto puede llevar a creer que la situación descrita estaría limitada a aquellos lugares fortificados, temerosos del enemigo exterior, protegidos tras murallas, de los cuales las ciudades medievales son el mejor ejemplo. Sin embargo, el hecho es que, por la estructuración de su territorio y de su mercado —uno y múltiple—, las ciudades actuales, especialmente las metrópolis, abiertas a todos los vientos del mundo, no están menos individualizadas. Esos lugares, con una serie infinita de situaciones, son la fábrica de relaciones numerosas, frecuentes y densas. El número de viajes internos es muchas veces supe-

3. Es también en ese sentido en el que Muniz Sodré (1988, p. 15) reconocía una *dimensión territorial* o una *lógica geográfica* de la cultura.

rior al de los desplazamientos hacia otros subespacios. En condiciones semejantes, las grandes ciudades son mucho más bulliciosas que las medias y pequeñas. La ciudad es el lugar donde hay más movilidad y encuentros. La anarquía actual de la gran ciudad le asegura un mayor número de desplazamientos, mientras que la generación de relaciones interpersonales es aún más intensa. El movimiento se potencia en los países subdesarrollados, en virtud de la enorme variedad de situaciones personales de ingreso, del tamaño desmesurado de las metrópolis y del menor coeficiente de «racionalidad» en la actuación de la máquina urbana.

En ellas, la co-presencia y el intercambio están condicionados por las infraestructuras presentes y sus normas de utilización, por el mercado territorialmente delimitado y por las posibilidades de vida cultural localmente ofrecidas a partir del equipamiento existente. La división del trabajo dentro de esas ciudades es el resultado de la conjugación de todos esos factores, no sólo del factor económico.

El intercambio efectivo entre personas es la matriz de la densidad social y del entendimiento holístico referidos por Duvignaud (1977), y constituyen la condición de esos acontecimientos infinitos, de esas solicitudes sin número, de esas relaciones que se acumulan, matrices de intercambios simbólicos que se multiplican, diversifican y renuevan. La noción de «emo-razón» (S. Laflamme, 1995) encuentra su fundamento en esos intercambios simbólicos que unen emoción y razón.

La noción de co-presencia, de la que la sociología ha venido sirviéndose desde sus fundadores y que fue realzada por Goffman (1961) y retomada por Giddens (1987), adquiere una nueva dimensión cuando se asocia a la noción y a la realidad geográfica de la vecindad, esa «condición de vecindad» aludida por Sartre en *Questions de Méthode*. El territorio compartido impone la interdependencia como praxis, y esa «base de operación» de la «comunidad», como dice Parsons (1952, p. 91), constituye una mediación inevitable para el ejercicio de los papeles específicos de cada uno, según indica B. Werlen (1993, p. 190). En las ciudades, ese fenómeno es aún más evidente, ya que las personas desconocidas entre sí trabajan conjuntamente para alcanzar, a pesar de ellas, resultados colectivos.

Teilhard de Chardin⁴ ya se refería a lo que denominaba «presión humana», resultado de la acumulación creciente de los hombres en es-

4. «[...] En el mundo, actualmente, entran en acción masas humanas que hasta el presente eran relativamente estacionarias. Éste es un fenómeno de importancia considerable, pues el padre Teilhard ha tomado conciencia de esa presión humana que aumenta y ha mostrado, de forma suficientemente convincente, que tal presión, al crear estructuras nuevas, fuerza a las organizaciones que, según nuestra habilidad o nuestra generosidad, serán o bien exclusivamente medidas coercitivas o, al contrario, puntos de apoyo para un desarrollo más amplio de nuestras libertades. Pero, de todos modos, ya no

pacios limitados, como un factor de cambio cualitativo y rápido de las relaciones sociales en el mundo contemporáneo. Comentando esa idea, Gaston Berger (1964, p. 249) señala que «al mismo tiempo [...] aumentan la agitación, el radio de acción y las relaciones» entre los hombres y compara ese hecho con el fenómeno físico por el cual la presión de un gas depende del número de moléculas comprimidas, y aumenta también con la elevación de la temperatura, esto es, con la agitación de las partículas. Es interesante pensar con G. Berger que «entran en escena, hoy, masas que estaban estacionarias».

Este último fenómeno es tanto más significativo porque en nuestros días la cultura popular deja de estar arrinconada en una geografía restrictiva y encuentra un palco multitudinario, gracias a las grandes arenas, como los enormes estadios y los vastos lugares de espectáculo y de diversión, y en virtud de los efectos de ubicuidad propios de un aparato tecnocrónico multiplicador. Bajo ciertos aspectos, la cultura popular asume una revancha sobre la cultura de masas, constitucionalmente destinada a sofocarla. Se crea una cultura popular de masas, alimentada con la crítica espontánea de un orden cotidiano repetitivo y, también, no raras veces, con la predicación de cambios, aunque ese discurso no venga con una propuesta sistematizada. «La cultura de masas "permissiva" del siglo XX ha extraído una nueva libertad de un sistema cultural anteriormente represivo y jerárquico» (Silvio Funto-wicz y Jerome R. Ravetz, 1993).

La dimensión espacial de lo cotidiano

Con el papel que la información y la comunicación han alcanzado en todos los aspectos de la vida social, el orden cotidiano de todas las personas se ha enriquecido con nuevas dimensiones. Entre éstas, adquiere relevancia su dimensión espacial, al mismo tiempo que ese orden cotidiano enriquecido se impone como una especie de quinta dimensión del espacio banal, el espacio de los geógrafos.

A través del entendimiento de ese contenido geográfico de lo cotidiano podremos, tal vez, contribuir a la necesaria comprensión (y quizás teorización) de ese vínculo entre espacio y movimientos sociales, viendo la materialidad como ese componente imprescindible del espacio geográfico que es, al mismo tiempo, una condición para la acción, una estructura de control, un límite a la acción, una invitación a la ac-

tenemos elección. Podemos escoger entre esclavitud o libertad, pero no podemos evitar la presión; ésta es un hecho, existe, se desarrolla, es cada vez más grande. Queramos o no, estamos cada vez más unos con otros, y la presión humana no cesa de aumentar.» G. Berger, 1964, pp. 249-250.

ción. No hacemos nada hoy que no sea a partir de los objetos que nos rodean.

Y mientras que otros especialistas pueden escoger, en la lista de acciones y en la población de objetos, aquellos que interesan a sus estudios sectoriales, el geógrafo está obligado a trabajar con todos los objetos y todas las acciones.

El espacio incluye, pues, esa «conexión materialista de un hombre con otro», de la que hablaron Marx y Engels en la *Ideología alemana* (1947, pp. 18-19), y que «está siempre tomando nuevas formas». La forma actual, como vimos, supone información para su uso y en sí misma constituye información, en virtud de la intencionalidad de su producción. Como hoy no hacemos nada sin esos objetos que nos rodean, todo lo que hacemos es producir información.

La localidad se opone a la globalidad, pero también se confunde con ella. El Mundo, sin embargo, nos es extraño. No obstante, aunque por su esencia puede esconderse, no puede hacerlo por su existencia, que se realiza en los lugares. En el lugar, nuestro Próximo, se superponen dialécticamente el eje de las sucesiones, que transmite los tiempos externos de las escalas superiores y el eje de los tiempos internos, que es el eje de las coexistencias, donde todo se funde, enlazando definitivamente las nociones y las realidades de espacio y de tiempo.

En el lugar —un orden cotidiano compartido entre las más diversas personas, empresas e instituciones—, cooperación y conflicto son la base de la vida en común. Debido a que cada uno ejerce una acción propia, la vida social se individualiza; y debido a que la contigüidad es creadora de comunión, la política se territorializa, con la confrontación entre organización y espontaneidad. El lugar es el marco de una referencia pragmática al mundo, del cual le vienen solicitudes y órdenes precisas de acciones condicionadas, pero es también el escenario insustituible de las pasiones humanas, responsables, a través de la acción comunicativa, por las más diversas manifestaciones de la espontaneidad y de la creatividad.

Los pobres en la ciudad

Con la modernización contemporánea, todos los lugares se mundializan. Sin embargo, existen lugares globales simples y lugares globales complejos. En los primeros, únicamente se instalan algunos vectores de la modernidad actual. En los lugares complejos, que generalmente coinciden con las metrópolis, hay una profusión de vectores: desde los que directamente representan las lógicas hegemónicas hasta los que se oponen a ellas. Son vectores de todos los órdenes, que buscan finalida-

des diversas, a veces externas, pero entrelazadas por el espacio común. Por eso la gran ciudad es un enorme espacio banal, el más significativo de los lugares. Todos los capitales, todos los trabajos, todas las técnicas y formas de organización pueden allí instalarse, convivir, prosperar. En los tiempos actuales, la gran ciudad es el espacio donde los débiles pueden subsistir.

Durante mucho tiempo, la metrópoli fue definida, al menos en los países subdesarrollados, como el lugar en el que se concentraban los recursos de la Nación y la densidad capitalista era más alta. Ésa era la base de la teoría del polo y la periferia de G. Myrdal (1957), A. Hirschman (1958), J. Friedmann (1963), F. Perroux (1961) y J. Boudeville (1964). Hoy, gracias al fenómeno de las redes y a la difusión de la modernidad en el territorio, sabemos que el capital nuevo se difunde más amplia, más profunda y más rápidamente en el campo que en la ciudad. Y en ésta, el mismo medio ambiente construido frecuentemente constituye un obstáculo para la difusión de los capitales nuevos. En virtud de su configuración geográfica, la ciudad, especialmente la grande, surge como diversidad socioespacial a comparar ventajosamente con la biodiversidad hoy tan apreciada por el movimiento ecológico. Palco de la actividad de todos los capitales y de todos los trabajos, la gran ciudad puede atraer y acoger las multitudes de pobres expulsados del campo y de las ciudades medias por la modernización de la agricultura y de los servicios. Y la presencia de los pobres aumenta y enriquece la diversidad socioespacial, que se manifiesta tanto por la producción de la materialidad en barrios y sitios tan contrastados, como por las formas de trabajo y de vida. Por otra parte, con esto se amplían tanto la necesidad y las formas de la división del trabajo, como las posibilidades y los caminos de la intersubjetividad y de la interacción. Por allí es por donde la ciudad encuentra su rumbo hacia el futuro.

No pretendemos reproducir aquí un antiguo esquema de análisis de la economía urbana, esquema dual, pero no dualista, utilizado primero para los países del Tercer Mundo (Santos, 1979) y hoy ampliado a los países ricos, con el reconocimiento de la existencia de un sector llamado informal al lado de un sector denominado formal de la economía. No obstante, se puede admitir que, en las condiciones actuales —con una infinidad de situaciones intermedias—, existen dos situaciones tipo en todas las grandes ciudades. Habría, por un lado, una economía explícitamente globalizada, producida desde *arriba*, y un sector producido desde *abajo* que en los países pobres es un sector popular, y en los países ricos incluye los sectores no privilegiados de la sociedad, incluidos los inmigrantes. Cada uno de ellos es responsable de la instalación, dentro de las ciudades, de divisiones de trabajo típicas. En todos los casos, la ciudad es un gran sistema, producto de la superposi-

ción de subsistemas diversos en cooperación, que crean otros tantos sistemas de solidaridad. En las actuales condiciones de globalización, todos esos subcírculos o subsistemas de solidaridad tienden a especializaciones que no poseen la misma naturaleza. Se puede decir también que hay una especialización de actividades por arriba y una especialización de actividades por abajo. Pero la primera es rígida, dependiente de normas implacables, de cuya obediencia depende su eficacia. Se suele decir que estas normas son complejas por causa de su contenido científico y tecnológico y de su búsqueda de precisión en el proceso productivo. Sin embargo, ¿podría también decirse que, en la economía más pobre, las divisiones del trabajo consideradas más simples por el discurso dominante son de hecho las más complejas?

En las grandes ciudades, especialmente en el Tercer Mundo, la precariedad de la existencia de una parte importante (a veces la mayoría) de la población no excluye la producción de necesidades, copiadas del consumo de las clases más ricas. Como respuesta, una división del trabajo imitativa, tal vez caricaturizada, encuentra razones para instalarse y reproducirse. Pero aquí el cuadro ocupacional no es fijo: cada actor es muy móvil, y puede sin traumas ejercer actividades distintas al calor de la coyuntura. Esas metamorfosis del trabajo de los pobres en las grandes ciudades crea aquello que, en otro lugar (Santos, 1991), denominamos «flexibilidad tropical». Existe una variedad infinita de oficios, una multiplicidad de combinaciones en movimiento permanente, dotadas de gran capacidad de adaptación, y sustentadas en su propio medio geográfico, éste considerado como una forma-contenido, un híbrido de materialidad y relaciones sociales. De ese modo, las respectivas divisiones proteiformes del trabajo, adaptables, inestables, plásticas, se adaptan a sí mismas, mediante incitaciones externas e internas. Su solidaridad se crea y se recrea allí mismo, en tanto la solidaridad impuesta por la cooperación de tipo hegemónico es gobernada desde fuera del medio geográfico y del medio social en el cual incide.

En el primer caso, aumentan las relaciones de proximidad, que también son una garantía de comunicación entre los participantes. En ese sentido, los guetos urbanos, comparados con otras áreas de la ciudad, tenderían a otorgar a las relaciones de proximidad un contenido comunicacional aún más alto y ello se debe a una percepción más clara de las situaciones personales o de grupo y a la afinidad de destino, afinidad económica o cultural.

Durante siglos, creímos que los hombres más veloces ostentaban la inteligencia del Mundo.⁵ La literatura que glorifica la potencia in-

5. «Con la realización de un progreso de tipo dromocrático, la humanidad perderá la diversidad; para asumir un estado de hecho, tenderá a escindir-se únicamente en *pueblos que esperan* (a quien

cluye la velocidad como esa fuerza mágica que permitió a Europa civilizarse primero y empujar, después, «su civilización hacia el resto del mundo».⁶ Hoy, en la gran ciudad, lo que sucede es todo lo contrario. Ahora estamos descubriendo que, en las ciudades, el tiempo que rige, o va a regir, es el tiempo de los hombres lentos. La fuerza es de los «lentos» y no de los que ostentan la velocidad elogiada por un Virilio delirante, en el sendero de un Valery soñador. Quien tiene movilidad en la ciudad —y puede recorrerla y escudriñarla— acaba viendo poco de la ciudad y del mundo. Su comunión con las imágenes, frecuentemente prefabricadas, es su perdición. Su comodidad, que no desea perder, proviene exactamente de la convivencia con esas imágenes. Los hombres «lentos», para quienes tales imágenes son espejismos, no pueden por mucho tiempo estar en fase con ese imaginario perverso y terminan descubriendo las fabulaciones.

Es así como ellos huyen del totalitarismo de la racionalidad, aventura vedada a los ricos y a las clases medias. De ese modo, acusados por una literatura sociológica repetitiva, de orientación hacia el presente y de incapacidad prospectiva, son los pobres quienes en la ciudad miran más fijamente hacia el futuro.

Hoy, en la ciudad «luminosa», moderna, la «naturalidad» del objeto técnico ha creado una mecánica rutinaria, un sistema de gestos sin sorpresa. Esa historización de la metafísica clava en el organismo urbano áreas constituidas al calor de la modernidad y que se yuxtaponen, superponen y contraponen al resto de la ciudad donde viven los pobres, en las zonas urbanas «opacas». Éstas son los espacios de lo aproximativo y de la creatividad, opuestos a las zonas luminosas, espacios de exactitud. Son los espacios inorgánicos los que son abiertos, mientras que los espacios regulares son cerrados, racionalizados y racionalizadores.

Por ser «diferentes», los pobres abren un debate nuevo, inédito, a veces silencioso, a veces ruidoso, con las poblaciones y las cosas ya presentes. Es así como reevalúan la tecnoesfera y la psicoesfera, encontrando nuevos usos y finalidades para objetos y técnicas, y también nuevas articulaciones prácticas y nuevas normas en la vida social y

está permitido esperar, en un futuro, llegar a la velocidad que capitalizan dándoles acceso a lo posible, es decir, al proyecto, a la decisión, al infinito; *la velocidad es la esperanza de Occidente*) y en *pueblos que desean*, bloqueados por la inferioridad de sus vehículos técnicos, que habitan y subsisten en un mundo finito.» Paul Virilio, *Vitesse et politique*, 1977, p. 54.

6. «Dondequiera que el espíritu europeo domine vemos surgir el máximo de *necesidades*, el máximo de *trabajo*, el máximo de *capital*, el máximo de *rendimiento*, el máximo de *ambición*, el máximo de *poder*, el máximo de *modificación de la naturaleza exterior*, el máximo de *relaciones e intercambios*.» Paul Valéry, 1922, en *Oeuvres*, La Pléiade, vol. I, p. 1014 (cursiva del autor). Citado por Michel Beaud (frontispicio), *Le Système national mondial hiérarchisé*, 1987, p. 4, que tomó la cita de Pierre Pascallon, *Cahiers d'Économie Personaliste*, n.º 4, 1986, p. 23.

afectiva. Ante las redes técnicas e informacionales, pobres e inmigrantes son pasivos, como todas las demás personas. Es en la esfera comunicacional donde frente a las clases denominadas superiores, son fuertemente activos.

Se trata, para ellos, de la búsqueda del futuro soñado como carencia a satisfacer: carencia de todos los tipos de consumo, consumo material e inmaterial, incluso carencia del consumo político, carencia de participación y ciudadanía. Ese futuro es imaginado o percibido en la abundancia del otro y observado, como contrapartida, en las posibilidades presentadas por el Mundo y percibidas en el lugar.

Entonces el hechizo se vuelve contra el hechicero. El consumo imaginado, pero no atendido —esa «carencia fundamental», como ha dicho Sartre—, produce una incomodidad creadora. El encuentro violento entre cultura objetiva y cultura subjetiva se vuelve un instrumento de la producción de una nueva conciencia.

Según P. Rimbaud (1973, p. 283), «la ciudad transforma todo, incluso la materia inerte, en elementos de cultura». La cultura, forma de comunicación del individuo y del grupo con el universo, es una herencia, pero también un reaprendizaje de las relaciones profundas entre el hombre y su medio. «¿De qué cultura estaremos hablando? ¿De la cultura de masas, que se alimenta de las cosas o de la cultura profunda, cultura popular, que se nutre de los hombres? La cultura de masa, denominada *cultura* por ser hegemónica, es frecuentemente un *adormecedor* de la conciencia. El momento de la conciencia surge cuando los individuos y los grupos se deshacen de un sistema de costumbres, reconociéndolas como un juego o una limitación» (M. Santos, 1987, 1992, p. 64).

Las clases medias, adormecidas, se dejan absorber por la cultura de masas y de ella sacan argumentos para racionalizar su existencia empobrecida. Los desposeídos, especialmente los más pobres, están exentos de esa absorción, incluso porque no disponen de los recursos para adquirir aquellas cosas que transmiten y aseguran esa cultura de masas. Por esto, las ciudades, crecientemente desiguales, tienden a abrigar, al mismo tiempo, una cultura de masas y una cultura popular, que colaboran y se friccionan, interfieren y se excluyen, se suman y se restan, en un juego dialéctico sin fin.

La cultura de masas es indiferente a la ecología social. Responde afirmativamente a la voluntad de uniformización e indiferenciación. La cultura popular tiene raíces en la tierra en que se vive, simboliza al hombre y su entorno, encarna la voluntad de afrontar el futuro sin romper con el lugar, y de allí obtener la continuidad, a través del cambio. Su cuadro límite son las relaciones profundas que se establecen entre el hombre y su medio, pero su alcance es el mundo.

Esa búsqueda de caminos es, además, visión iluminada del futuro y no únicamente prisión en un presente subalterno a la lógica instrumental o aprisionado en un orden cotidiano vivido como prejuicio. Es la victoria de la individualidad refortalecida, que sobrepasa la barrera de las *praxis* repetitivas y se instala en una *praxis* libertadora, la *praxis* inventiva de la que habla H. Lefebvre (1958, p. 240).

Los inmigrantes en el lugar: de la memoria al descubrimiento

Vivimos un tiempo de cambios. En muchos casos, la sucesión alucinante de los acontecimientos no permite hablar únicamente de cambios, sino de vértigo. El sujeto en el lugar estaba sometido a una convivencia duradera y repetitiva con los mismos objetos, los mismos trayectos, las mismas imágenes, de cuya construcción participaba: una familiaridad que era fruto de una historia propia, de la sociedad local y del lugar, donde cada individuo era activo.

Hoy la movilidad se ha cometido prácticamente en una regla. El movimiento se superpone al reposo. La circulación es más creadora que la producción. Los hombres cambian de lugar, como turistas o como emigrantes. Pero también los productos, las mercancías, las imágenes, las ideas. Todo vuela. De ahí la idea de *desterritorialización*. Desterritorialización es, a menudo, otra palabra para significar extrañeza, que es también desculturización.

Venir hacia la gran ciudad es, ciertamente, dejar atrás una cultura heredada para encontrarse con otra. Cuando el hombre se enfrenta con un espacio que no ayudó a crear, cuya historia desconoce, cuya memoria le es ajena, ese lugar es la sede de una intensa alienación.

Sin embargo, en un mundo en movimiento, la realidad y la noción de residencia (Husserl, Heidegger, Sartre) del hombre no se disipan. El hombre habita tal vez menos o mucho menos tiempo, pero habita: aunque sea desocupado o inmigrante. La «residencia», el lugar de trabajo, por más breves que sean, son marcos de vida que tienen peso en la producción del hombre. Como escribió Husserl (1975, p. 26), «[...] el fundamento permanente del trabajo subjetivo de pensar es el entorno vital».

Según Lowenthal (1975), el pasado es otro país... Digamos que el pasado es otro lugar o, aún mejor, estar en otro lugar. En el nuevo lugar, el pasado no está; es preciso encarar el futuro: perplejidad primero pero, en seguida, necesidad de orientación. Para los inmigrantes, la memoria es inútil. Los inmigrantes traen consigo todo un caudal de recuerdos y experiencias creado en función de otro medio, y que poco les sirve para la lucha cotidiana. Necesitan crear una tercera vía de enten-

dimiento de la ciudad. Sus experiencias vividas quedaron atrás y la nueva residencia obliga a nuevas experiencias. Se trata de una lucha entre el tiempo de la acción y el tiempo de la memoria. Obligados a olvidar, su discurso está menos contaminado por el pasado y por la rutina. Tienen el privilegio de no utilizar de manera pragmática y pasiva lo práctico-inerte (procedente de otros lugares) del cual son portadores.

Una vez superado el primer momento de espanto y aturdimiento, el espíritu alerta se rehace y reformula la idea de futuro a partir de la comprensión nueva de la nueva realidad que le rodea. El entorno vivido es lugar de un intercambio, matriz de un proceso intelectual.

El hombre busca reaprender aquello que nunca le fue enseñado y, poco a poco, va sustituyendo su ignorancia del entorno por un conocimiento, aunque fragmentario.

El nuevo medio ambiente opera como una especie de detonador. Su relación con el nuevo habitante se manifiesta dialécticamente como territorialidad nueva y cultura nueva, que interfieren recíprocamente, cambiándose paralelamente territorialidad y cultura y cambiando al hombre. Cuando esa síntesis es percibida, el proceso de alienación va cediendo lugar al proceso de integración y de comprensión, y el individuo recupera la parte de su ser que parecía perdida.

¿En qué medida la «territorialidad longeva» sería más importante que lo «efímero»? La memoria colectiva es considerada como una argamasa indispensable para la supervivencia de las sociedades, el elemento de cohesión que garantiza la permanencia y la elaboración del futuro. Esta tesis adquirió tal fuerza que hoy, ante una sociedad y una cultura en perpetua agitación, la cultura en movimiento es considerada como el dato esencial de la desagregación y de la anomia.

Pero sabemos también que los acontecimientos borran el saber ya constituido y exigen nuevos saberes.⁷ En los días actuales, cuando los acontecimientos son más numerosos e inéditos en cada lugar, la reinserción activa, es decir, consciente, en el marco de vida local o global, depende cada vez menos de la experiencia y cada vez más del descubrimiento.

No importa que, ante la aceleración contemporánea, y gracias al tropel de acontecimientos, el ejercicio de repensar tenga que ser heroico. Esa prohibición al reposo, esa urgencia, ese estado de alerta exigen de la conciencia un ánimo, una disposición, una fuerza renovadora.

La fuerza de ese movimiento viene del hecho de que, mientras la memoria es colectiva, el olvido y el consecuente (re)descubrimiento

7. «Hoy [...] es el presente el que asume todo el espacio y se da como representación global del tiempo [...] que se sustituye en la profundidad de la duración.» Roger Sue, 1994.

son individuales, diferenciados, y enriquecen las relaciones interpersonales, la acción comunicativa. De ese modo, aquello que parecía una inferioridad, en verdad es una ventaja.

Contrariamente a lo que desea creer la teoría actualmente hegemónica, cuanto menos insertado esté el individuo (pobre, minoritario, inmigrante...), es más fácil que el choque de la novedad le alcance y el descubrimiento de un nuevo saber le es menos costoso.

El hombre de fuera es portador de una memoria, especie de conciencia congelada, procedente como él de otro lugar. El lugar nuevo le obliga a un nuevo aprendizaje y a una nueva formulación.

La memoria mira hacia el pasado. La nueva conciencia mira hacia el futuro. El espacio es un dato fundamental en ese descubrimiento. Es el escenario de esa novedad por ser, al mismo tiempo, futuro inmediato y pasado inmediato, un presente simultáneamente concluido e inconcluso en un proceso siempre renovado.

Cuanto más inestable y sorpresivo es el espacio, tanto más sorprendido será el individuo, y tanto más eficaz la operación de descubrimiento. La conciencia *por el lugar* se superpone a la conciencia *en el lugar*. La noción de espacio desconocido pierde la connotación negativa y gana un acento positivo, que proviene de su papel en la producción de la nueva historia.

El presente no es un resultado, una consecuencia del pasado, del mismo modo que el futuro no puede ser una consecuencia del presente, incluso aunque éste sea una «eterna novedad», como dice S. Borelli (1992, p. 80).⁸ El pasado lleva como una de las condiciones para la realización del acontecimiento, pero el dato dinámico en la producción de la nueva historia es el propio presente, es decir, la conjunción selectiva de fuerzas existentes en un momento determinado. En realidad, si el Hombre es Proyecto, como afirma Sartre, es el futuro el que gobierna las acciones del presente.

8. A ese respecto, y más específicamente sobre las periodizaciones, véase Ernest Geller, *El arado, la espada y el libro*, mencionado por José Luis Rodríguez García, «Nuestros magníficos pasados», en *La Esfera, El Mundo*, Madrid, 9 de abril de 1994, p. 11.

CAPÍTULO 15

ORDEN UNIVERSAL, ORDEN LOCAL: RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Introducción

Ya hemos visto cómo el movimiento hacia la racionalización de la sociedad que marcó el Siglo de las Luces y el inicio de la Revolución Industrial y que fue, poco a poco, ocupando todos los rincones de la vida social, alcanza, ahora, un nuevo nivel que podemos llamar racionalización del espacio geográfico.

Hemos discutido también que esa nueva etapa del proceso secular de racionalización se debe esencialmente al surgimiento de un medio técnico-científico-informacional, que busca sustituir el medio natural y el propio medio técnico. Ese nuevo medio produce los espacios de la racionalidad y constituye el soporte de las principales acciones globalizadas. Hemos intentado demostrar que ese resultado se debe al papel de las técnicas del mundo de hoy en la revolución planetaria actual. Presente en todos los aspectos de la vida, esa técnica constituye en sí misma un orden, el *orden técnico* sobre el que se asienta un *orden social planetario* y del cual es inseparable. Ambos órdenes crean, juntos, nuevas relaciones entre el «espacio» y el «tiempo», ahora unificados sobre bases empíricas.

El examen de la realidad geográfica alcanzada con esas transformaciones permitirá plantear muchas cuestiones, de las cuales, en el contexto de nuestra problemática, destacaremos tres:

- 1) El espacio geográfico así remodelado es considerado, aquí, como un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y de sistemas de acciones. Esta cuestión ya ha sido examinada en capítulos anteriores.
- 2) En el plano global, las acciones, incluso «desterritorializadas», constituyen normas de uso de los sistemas localizados de objetos,

mientras que en el plano local, el territorio, en sí mismo, constituye una norma para el ejercicio de las acciones.

3) A partir de esos dos órdenes se constituyen, paralelamente, una razón global y una razón local que en cada lugar se superponen y, en un proceso dialéctico, tanto se asocian como se contraponen. En ese sentido, el lugar se enfrenta al Mundo, pero también lo afronta en virtud de su propio orden.

Objetos y acciones

Como el espacio geográfico es un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones, su definición varía con las épocas, es decir, con la naturaleza de los objetos y con la naturaleza de las acciones presentes en cada momento histórico. Ya que la técnica es también social, se puede recordar que sistemas de objetos y sistemas de acciones en conjunto configuran sistemas técnicos, cuya sucesión nos brinda la historia del espacio geográfico.

Los objetos que constituyen el espacio geográfico actual son intencionalmente concebidos para el ejercicio de ciertas finalidades, intencionalmente fabricados e intencionalmente localizados. El orden espacial así resultante es también intencional. Frutos de la ciencia y de la tecnología, esos objetos técnicos buscan la exactitud funcional, y, de ese modo, aspiran a una perfección mayor que la de la propia naturaleza. Por ello, son más eficaces que los objetos naturales y fundan las bases materiales para las acciones más representativas del período.

Vivimos el mundo de la acción en *tiempo real*. Ya que las etapas de la acción pueden ser rigurosamente previstas, el orden temporal así obtenido se asocia al orden espacial de los objetos, para atribuir la mayor productividad económica o política a las acciones y al espacio en el que inciden. Se trata de la posibilidad de una acción racional sobre un espacio racional. Como el espacio no es homogéneo y evoluciona de modo desigual, la difusión de los objetos modernos y la incidencia de las acciones modernas no es la misma en todas partes. Algunos subespacios, dotados de las modernizaciones actuales, pueden acoger las acciones de interés para los actores hegemónicos.

Así se constituye, dentro del conjunto de subespacios, un subsistema hegemónico, en virtud de las relaciones privilegiadas que pueden ser establecidas entre esos objetos nuevos. A partir de esos objetos actuales se realiza la «velocidad del mundo» y el reloj del Mundo se da como *sincronización despótica*. Ese tiempo despótico es un dato menos técnico que social, y solamente es posible a través de la instigación de la competitividad, que es la máquina de guerra de una plusvalía uni-

versal de imposible medida pero no por eso menos eficaz. No se puede afirmar que será siempre así, mas en las condiciones actuales quien, desde ese punto de vista, se atrasa, quien no sigue el paso, es penalizado. A escala del globo, el motor implacable de tantas reorganizaciones, sociales, económicas, políticas y también geográficas, es esa plusvalía global, cuyo brazo armado es la competitividad, que en este nuestro mundo belicoso es la más guerrera de todas las acciones.

Si la tendencia a la universalidad de los subsistemas hegemónicos está garantizada por el hecho de que el nuevo espacio de las empresas es el *Mundo* (Savy y Veltz, 1993, p. 5), lo que se podría llamar concierto general de las empresas no es sin embargo global pues, en cada caso, sino que se dirige a un hecho, un factor, un aspecto, a un dinamismo parcial.

Del mismo modo que no hay un tiempo global, único, sino sólo un reloj mundial, tampoco hay un espacio global, sino solamente espacios de la globalización, espacios mundializados reunidos por redes.

También hemos visto que las redes son mixtas, incluyen materialidad y acción. La red técnica mundializada actual es instrumento de la producción, de la circulación y de la información mundializadas. En ese sentido, las redes son globales y, de ese modo, transportan lo universal a lo local. Es así como, mediante la telecomunicación, se crean procesos globales, que unen puntos distantes en una misma lógica productiva. Es el funcionamiento vertical del espacio geográfico contemporáneo.

Sin embargo, las redes también son locales y, por esa condición, constituyen las condiciones técnicas del trabajo directo, de la misma manera que las redes globales aseguran la división del trabajo y la cooperación, mediante las instancias no-técnicas del trabajo: la circulación, la distribución y el consumo.¹

El orden originario de los vectores de la hegemonía crea, localmente, desorden, no sólo porque conduce a cambios funcionales y estructurales, sino especialmente porque ese orden no contiene un sentido. El objetivo de ese orden —el mercado global— es una auto-referencia porque su finalidad es el propio mercado global. En ese sentido, la globalización, en su estadio actual, es una globalización perversa para la mayoría de la Humanidad.

En el *medio* local, la red prácticamente se integra y se disuelve a través del trabajo colectivo, que implica un esfuerzo solidario de los di-

1. «[...] La red no sustituye los territorios ni los lugares: se inserta, acentúa las polarizaciones, las interconexiones, añadiendo el desplazamiento en tiempo real de los flujos de información a los desplazamientos físicos de los hombres y de las mercancías. Convendría hablar, en sentido propio, de "territorio de dos velocidades".» P. Musso, 1994, p. 256.

versos actores. Ese trabajo solidario y conflictivo es también co-presencia en un espacio continuo, y así crea el orden cotidiano de la contigüidad. Denominamos a ese componente territorial *horizontalidad*, para distinguirlo de aquel otro, formado por puntos, que llamamos *verticalidad*. En esos espacios de la horizontalidad, objeto de frecuentes transformaciones, un orden espacial se recrea permanentemente. Allí los objetos se adaptan a los reclamos externos y, al mismo tiempo, encuentran en cada momento una lógica interna propia, un sentido que es propio y localmente constituido. Es así como se encuentran frente a frente la Ley del Mundo y la Ley del Lugar.

¿Una globalización del espacio?

¿Se puede, entonces, pensar en una globalización del «espacio» en el sentido de que su organización y actualización incumban al «mundo»?

Si hoy el «mundo» se vuelve activo especialmente por medio de las empresas gigantes, éstas producen en privado sus normas particulares y su vigencia es, generalmente y bajo muchos aspectos, «indiferente» a los contextos en los que se insertan. A su vez, los gobiernos «globales», por ejemplo el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, se preocupan de intereses «globales». Las demás empresas e instituciones raras veces tienen una fuerza «global».²

De alguna forma el Banco Mundial ha venido ejerciendo ese papel, cuando interviene, directa o indirectamente, en la creación de infraestructuras o en la transformación de los transportes. Sin embargo, por más masivas que sean esas intervenciones, son también tópicos, aunque puedan tener efectos profundos y más generales sobre espacios más amplios. Así, mientras el «mundo» interviene en el espacio y lo transforma unilateralmente, para responder localmente a los imperativos llamados globales, más exclusivos —como los intereses de las empresas transnacionales—, la complejidad de la organización espacial se agrava como un problema colectivo.

La lucha por el *uso* del espacio coloca en posición *activa* a las empresas gigantes y reserva a las demás una posición *pasiva*, subordinada. Ésta es una situación de conflicto, a ser mantenida, atenuada,

2. «[...] El Banco [Mundial] (de la misma forma que el Fondo [Monetario Internacional]) ha sido utilizado como instrumento de política externa de los países desarrollados en el sentido de realización de reformas estructurales en los países en desarrollo que reflejan los principios básicos del liberalismo económico, pero no reflejan necesariamente los intereses de la mayoría de la población en esos países.» R. Gonçalves, 1994, p. 120.

suprimida, según las circunstancias, pero, en todo caso, regulada. El «mundo» no dispone de los respectivos instrumentos de regulación, lo cual es una tarea del poder nacional y de los poderes locales, en sus diversos niveles.

Sin embargo, mientras en el «mundo» lo que cuenta es sólo lo global, en los territorios nacionales todo cuenta. Empresas e instituciones de los más diversos niveles, y no sólo empresas gigantes, conviven en conflicto. Convivencia necesaria, conflicto inevitable. Cuanto más desigual es la sociedad y la economía, tanto más grande es el conflicto. Es el caso de los países subdesarrollados, especialmente en sus grandes ciudades. Pero en todos los casos hay conflictos, que reclaman regulación, es decir, producción de normas. Aun cuando no pueden atenuar o suplantarse las normas globales, las normas territorializadas se enfrentan al mundo a pesar de, aparentemente, tejer alianzas con los intereses globales.

Las diversas empresas regulan sus necesidades productivas según reglas que establecen, y que son vigentes tanto en el interior de la firma como en sus relaciones verticales y horizontales. Pero el hecho de que la norma se ha vuelto indispensable para el proceso productivo conduce, al mismo tiempo, a su proliferación y a un conflicto de normas, que el mercado solo no consigue resolver.

Muchos de esos conflictos desbordan desde el orden privado hacia el orden público. Por ejemplo: el propio uso del espacio. ¿Cómo alcanzar un uso coordinado del espacio cuando la ley de la competencia (hoy, la competitividad) sugiere una utilización cada vez más privatizada?

Otro ejemplo: objeto de normas locales, la velocidad es, por sí misma, un conflicto. El interés de las grandes empresas es economizar tiempo, a partir de un aumento de la velocidad de circulación. El interés de las comunidades *locales* e incluso hasta de las empresas menores (por ejemplo, los comercios *locales*) frecuentemente es opuesto. Las reglamentaciones de uso de la vía pública responden a ese *conflicto*, ya sea armonizando intereses, o privilegiando éste o aquél.

Considérese también el conflicto por el uso de los recursos públicos destinados a las infraestructuras. La corporatización del territorio, destinando prioritariamente recursos para atender las necesidades geográficas de las grandes empresas, acaba afectando a toda la sociedad, ya que de ese modo los gastos públicos adquieren un perfil ampliamente desfavorable a la solución de problemas sociales y locales. El presupuesto es una norma que, en este caso, resolviendo un aspecto del conflicto distributivo en favor de la economía globalizada, agrava otros. Pero el presupuesto no es global, sino nacional, territorializado.

La formación social nacional funciona, pues, como una mediación entre el Mundo y la Región, el Lugar. Es también mediadora entre el Mundo y el Territorio.

Más que la formación socioeconómica, es la formación socioespacial la que ejerce ese papel de mediación: éste no concierne al territorio en sí, sino al territorio y a su uso en un momento determinado, lo que supone, por un lado, una existencia material de formas geográficas, naturales o transformadas por el hombre, formas actualmente usadas y, por otro lado, la existencia de normas de uso, leyes o costumbres, normas formales o simplemente informales. La utilización de los lugares por parte de las empresas, sobre todo las firmas gigantes, depende de esos dos datos y no sólo de uno de ellos. Formas y normas, pues, trabajan como un conjunto indisoluble.

Y aunque no se formulen otras normas escritas o consuetudinarias de su uso, el territorio nacional o local es, en sí mismo, una norma, función de su estructura y de su funcionamiento.

De la acción globalizada como norma al territorio local como norma

De ese modo se asocian y se enfrentan normas y formas, componiendo dos situaciones extremas: una acción globalizada como norma, un territorio local como norma y una variedad de situaciones intermedias.

No existe un espacio global, sino solamente espacios de la globalización. El mundo se da sobre todo como norma, ofreciendo la oportunidad de la espacialización, en diversos puntos, de sus vectores técnicos, informacionales, económicos, sociales, políticos y culturales. Son acciones «desterritorializadas», en el sentido de teleactuadas, que separan geográficamente la causa eficiente y el efecto final.

Sin embargo, el Mundo es solamente un conjunto de *posibilidades*, cuya efectividad depende de las *oportunidades* ofrecidas por los lugares. Ese dato es hoy fundamental, ya que el imperativo de la competitividad exige que los lugares de la acción sean globales y previamente escogidos entre aquellos capaces de atribuir a una producción dada una productividad mayor. En ese sentido, el ejercicio de esta o aquella acción pasa a depender de la existencia, en este o aquel lugar, de las condiciones locales que garanticen eficacia a los respectivos procesos.

Pero el territorio termina siendo la gran mediación entre el Mundo y la sociedad nacional y local, ya que en su funcionalización el «Mundo» necesita de la mediación de los lugares, según las potencialidades de éstos para usos específicos. En un momento determi-

nado, el «Mundo» escoge algunos lugares y rechaza otros y, en ese movimiento, modifica el conjunto de los lugares, el espacio como un todo.

El lugar ofrece al movimiento del mundo la posibilidad de su realización más eficaz. Para hacerse *espacio*, el Mundo depende de las potencialidades del Lugar. En ese sentido se puede decir que, localmente, el espacio territorial actúa como norma.

Las situaciones extremas a las que inicialmente nos referimos son pues: una norma global desterritorializada y un territorio local normativo.

Entre esas dos situaciones extremas se instalan situaciones intermedias entre la universalidad y la individualidad. Lo *universal* es el Mundo como Norma, una situación no-espacial, pero que crea y recrea espacios locales; lo *particular* viene dado por el país, esto es, el territorio *normalizado*; y lo *individual* es el lugar, el territorio *como* norma. La situación intermedia entre el Mundo y el país viene dada por las regiones supranacionales y la situación intermedia entre el país y el lugar es el conjunto de regiones infranacionales, subespacios legales o históricos.

En todos los casos hay combinaciones diferentes de normas y formas. En el caso del Mundo, la forma es especialmente norma, en el caso del Lugar la norma es fundamentalmente forma.

Un orden global, un orden local

El orden global busca imponer, en todos los lugares, una única racionalidad. Y los lugares responden al Mundo según los diversos modos de su propia racionalidad.

El orden global se sirve de una población dispersa de objetos regidos por esa ley única que los constituye en sistema. El orden local es asociado a una población contigua de objetos, reunidos *por el* territorio y *como* territorio, regidos por la interacción.

En el primer caso, la solidaridad es producto de la organización. En el segundo caso, la organización es producto de la solidaridad. El orden global y el orden local constituyen dos situaciones genéticamente opuestas, aunque en cada una se verifiquen aspectos de la otra. La razón universal es organizacional, la razón local es orgánica. En la primera situación se destaca la *información* que, además, es sinónimo de organización. En la segunda situación predomina la *comunicación*.

El orden global funda las escalas superiores o externas a la escala de lo cotidiano. Sus parámetros son la razón técnica y operacional, el cálculo de función, el lenguaje matemático. El orden local funda la escala de lo cotidiano y sus parámetros son la co-presencia, la vecindad,

la intimidad, la emoción, la cooperación y la socialización con base en la contigüidad.³

El orden global es «desterritorializado», en el sentido de que separa el centro de la acción y la sede de la acción. Su «espacio», movido e inconstante, está formado por puntos, cuya existencia funcional depende de factores externos. El orden local, que «reterritorializa», es el del espacio banal, espacio irreductible (T. dos Santos, 1994, p. 75) porque reúne en una misma lógica interna todos sus elementos: hombres, empresas, instituciones, formas sociales y jurídicas y formas geográficas.⁴ El orden cotidiano inmediato, localmente vivido, rasgo de unión de todos esos aspectos, es garantía de la comunicación.

Cada lugar es, al mismo tiempo, objeto de una razón global y de una razón local, que conviven dialécticamente.

BIBLIOGRAFÍA

3. «Orden significa, aquí, interdependencia entre elementos que se condicionan mutuamente y cuyas interacciones hacen aparecer modalidades nuevas de relaciones con aquello que, sin aislarlo, inscribe sus propios ritmos de cambio en el curso del mundo. Así, el orden remite a la emergencia de un tipo de estructuración de la realidad según formas generadoras de características irreductibles a los efectos de factores externos al mismo tiempo que permanecen sensibles a éstos.» F. Tinland, 1994, p. 27.

4. «La combinación regional no reacciona mecánicamente a las solicitaciones de la novedad. Los trabajos sobre la difusión de la innovación muestran bien eso. La estructura de las interrelaciones forma también una suerte de resistencia al movimiento. Para que una transformación sea adoptada y para que opere en el interior de la combinación es necesario que sea conocida, reconocida como económicamente provechosa y considerada culturalmente aceptable. La resistencia regional realiza por lo tanto una filtración, una selección de los aportes externos y, en gran medida, una asimilación de la innovación a sus propios valores. Las estructuras regionales evolucionan lenta y desigualmente, mucho más lentamente, por ejemplo, que el simple progreso técnico.» Armand Frémont, 1976, p. 89.